EL GATO DE LOS OJOS AMARILLOS

por Eugenia Montero

Enfiló la carretera sin rumbo fijo. El día había transcurrido monótono, el trabajo habitual, las caras de siempre. Se sentía aburrido y cansado. El verano parecía haberse adelantado en aquella primavera ardiente de rosas prematuramente ajadas bajo el calor y un asfalto reseco y polvoriento.

Eran poco más de las ocho de la tarde. Tenía las ventanillas del coche abiertas, pero el aire que entraba era cálido aún. A ambos lados del camino, los plateados álamos y los sangrantes arces surgían inmóviles, verticales monjes sobre un verde claustro de hierba. Madrid se perdía en la lejanía. Atrás iban quedando los cuidados chalets, el campo apacible. La fisonomía del paisaje comenzaba a ser diferente. La tierra se hacía más árida, se oscurecía, volviéndose parda y cenicienta. Los olivos nacían del suelo, retorcidos, con el tronco gris surcado de grietas que parecían viejas cicatrices. Surgían, dispersos, los cardos de flor morada y azul, alguna florecilla blanca, casi transparente, como una lágrima, y la amapola brillante, cual gota de sangre de la piel de la tierra.

La naturaleza se volvía dramática en esa parte del camino. Era tremendamente humana en su lucha por subsistir, por elevar sus árboles al ciclo, por tener alguna flor, por ser algo más que árido polvo.

Durante algunos minutos continuó el paisaje seco, casi desnudo. Luego, poco a poco, fue cambiando. Surgieron los rubios campos de trigo, los chopos, antiguos centinelas con gris armadura de madera y verde penacho de hojas, y un sauce ligero y romántico, con sus ramas aladas, con sus hojas de pluma. Y, entre los árboles, las espontáneas flores campestres: la caléndula, el pensamiento, la margarita, la gallardía.

Miró el paisaje con asombro. El campo se perdía en la distancia, hundiéndose, horizontal, en los lejanos montes azules. Una paleta sobrenatural había derramado sus colores sobre aquel lugar. Paró el coche. Una serpentina de agua se deslizaba a la derecha, entre plantas y arbustos, siguiendo un pequeño sendero que se dirigía hacia un chalet de línea moderna que se elevaba solitario. En ese instante se dio cuenta de que había salido de Madrid sin poner gasolina en el coche. Con lo que debía quedarle, no podría regresar. Se quedó unos segundos pensativo. No tenía más que dos soluciones: esperar a que alguien le quisiera llevar a la gasolinera más próxima o acercarse a la casa por si en ella había alguien. Optó por la segunda solución y se encaminó por el sendero.

El chalet, cercado por una pequeña valla, estaba rodeado de un bonito

jardín que casi se confundía con el campo. La puerta se hallaba aparentemente cerrada, pero sin encajar. Llamó al timbre y luego la empujó y penetró en el jardín. Una muchacha, tranquilamente tumbada en una hamaca, se levantó al verle y se acercó mirándole sorprendida. En sus brazos llevaba un gato rubio, como una pequeña bola de largo pelaje, que parecía dormitar, con los ojos cerrados, en el tibio cobijo del ama. Era una mujer joven y bonita, vestida con un short y una blusa transparente, quien le observaba esperando una explicación. Cuando supo la causa de su inesperada aparición se ofreció a dejarle gasolina, ella tenía suficiente, y le invitó a una bebida antes de que volviera a Madrid.

—Vamos a hacer una cosa —sugirió Jaime. Ya que eres tan amable, lo menos que puedo hacer es invitarte yo. ¿Quieres venirte conmigo, tomamos una copa juntos y luego te traigo de nuevo aquí?

Le miró sonriente, indecisa. Luego aceptó.

—Espera un momento que me cambie y deje todo cerrado.

Se alejó con su gato aún en los brazos. Jaime pensó que vivir allí debía ser maravilloso, en pleno campo, rodeada de paz, de tranquilidad, a pocos kilómetros de Madrid, pero a la suficiente distancia de las modernas urbanizaciones y los barrios residenciales de las afueras. Cerca de él había una paleta, unos pinceles abandonados en un banco y un lienzo, fresco aún, apoyado en un caballete. Era un paisaje al atardecer. Un paisaje muy bello, melancólico, de grises y oros difuminados, en cuyo fondo, en una especie de buscada y misteriosa lejanía, surgían, como suspendidos en el aire, unos ojos enigmáticos que podían ser muy bien confundidos con dos pequeños soles o dos nubes doradas. Aquel cuadro poseía una extraña fascinación, atraía y, al mismo tiempo, inquietaba. Jaime apartó la vista molesto, turbado, sin acertar a comprender la causa.

Ella volvió sonriente y ligera, con un vaporoso traje blanco y su aire despreocupado, tan juvenil, y en ese mismo instante todo sentimiento inexplicable de malestar desapareció.

Cuando Jaime volvió aquella noche a su piso madrileño, después de haberla llevado de nuevo a su casa, en el centro del campo, siguió pensando en ella. No sabía por qué, pero se había comportado como un chiquillo. La había llevado a una terraza de Rosales, después de cenar en un pequeño restaurante, y luego la había acompañado hasta el chalet sin intentar siquiera darle un beso. Tal vez esto era lo correcto, pero sabía que él no acostumbraba a comportarse así. Sin duda, el candor que parecía emanar de la joven había tenido el poder de cohibirle.

Una irresistible atracción le llevaba hacia ella. Desde aquel primer encuentro continuó viéndola con frecuencia. No se citaban formalmente, pero en cuanto tenía un momento libre montaba en su coche, seguía carretera adelante y se encaminaba hacia la casa de su amiga. Y siempre la encontraba, siempre estaba allí, pintando o cuidando el jardín, o sentada, como soñando, con su gato adormecido en el regazo.

—¿Nunca sales? —le preguntaba.

—¿Dónde podría estar mejor que aquí? —contestaba ella—. Vivo independiente, pinto cuanto quiero, en un lugar que me gusta y me

inspira...
—Pero, siempre sola, ¿no echas de menos la compañía de una amiga o de un amor?
Una ráfaga de tristeza pasó por sus ojos.
—No soy muy sociable. A veces ha surgido un hombre en mi vida y he creído que mi existencia iba a cambiar; luego...
Calló con la mirada perdida en la lejanía. El gato ronroneó y abrió lentamente los ojos clavándolos en su ama. Jaime se sobresaltó. Era la primera vez que veía los ojos de aquel gato perezoso y dormilón. Eran grandes, amarillos; en ellos había una intensidad, una fuerza que iba más allá de lo irracional y lo humano. Eran los ojos que surgían en la lejanía de aquel cuadro que contempló aquel primer día en que la conoció a ella. Sintió miedo, un miedo irrazonado que le impulsaba a huir. Logró dominarse. Mas no pudo evitar despedirse y alejarse. Alejarse con una extraña sensación de que se estaba apartando de un peligro que no alcanzaba a entender, ni razonar.
Aquella noche se fue a cenar con unos amigos. Su miedo empezó a resultar ridículo. Sus nervios debían estar un poco desquiciados. No había descansado en todo el año y, ahora, en esos primeros días de agosto, bajo el calor agobiante, empezaba a resentirse del trabajo sin pausa. Debía irse unos días a descansar, aprovechar las vacaciones y marcharse a alguna playa tranquila.
Pensó en ella. Desde que la conoció, su recuerdo le seguía a todas partes. Nunca le había pasado algo semejante, ni había experimentado aquellos sentimientos de timidez y adoración que le inspiraba.
Al día siguiente, al terminar el trabajo, se dirigió a la casa de ella con una nueva decisión. La muchacha le recibió con una alegría especial.
—No sé por qué, temía no volver a verte. Ayer te fuiste de una forma tan precipitada, tan rara...
—Estoy cansado, creo que agotado. He pensado irme de vacaciones. ¿Te gustaría venir conmigo?
Hubiera asegurado que el gato entornaba los ojos y le miraba con rencor, pero la voz de ella surgió cantarina, desviando su atención.
—¡Sería tan bonito...! Sólo hay un problema; no puedo dejar al gatito, si no te importa que lo lleve conmigo...
Jaime alargó la mano con cierta aprensión para acariciar al animal. Le pareció que su pelaje se erizaba y su lomo se enarcaba ligeramente.
—Por supuesto que no —comentó— De lo que no estoy tan seguro es de si a él le gustará mi compañía...
—Claro. ¿Por qué no? —preguntó ella.
—No sé. Me parece que no le caigo muy bien.
—Imaginaciones tuyas —dijo riendo.
Que ella aceptara su invitación le hacía sentirse más seguro. Le pasó suavemente la mano por los cabellos que caían sueltos sobre su espalda. Ella le miró por primera vez de una forma distinta, sin esa expresión ingenua que la aniñaba, insinuante, casi provocativa. Acercó su cara a la de ella mientras su mano seguía acariciándola. El gato saltó de los brazos del ama y se alejó despacio, silencioso, como la sombra de una melena rubia.
Jaime pudo estrecharla fuertemente y sentir cómo, poco a poco, ella se

abandonaba en sus brazos. Nunca había entrado en la casa, aunque la puerta estaba siempre abierta, pero ese día, después de besarla, ella le cogió de la mano y le introdujo en la vivienda. Fue la tarde de amor más hermosa de su vida. Amarla era descubrir un universo nuevo en el que todas las caricias y todos los besos tantas veces repetidos, tantas veces iguales, surgían con el temblor de una pasión inédita. Era, tal vez, la influencia de aquel entorno mágico, con los pájaros cantando locos sobre el murmullo del campo, sobre el rumor premonitorio de la tormenta que llegó de pronto con relámpagos y truenos que hicieron temblar la casa.
En aquel instante, mientras la tormenta se deshacía en una lluvia cada vez más suave, con la mano de ella entre las suyas, contemplándola, tan frágil, tan delicada, tan solitaria, a pesar de hallarse junto a él, pensó que apenas sabían uno del otro.
—¿Ha habido muchos hombres en tu vida? —preguntó, casi sin darse cuenta.
Le miró con sus grandes ojos tristes, más tristes, quizá, que ningún otro día.
—Algunos —contestó— He amado a tres hombres que pasaron por mi vida en distintos momentos. Fueron desapareciendo, uno tras otro, sin una explicación, sin una razón lógica. Nunca he sabido por qué. Prefiero no hablar de esto. No me gusta recordar...
Se levantó y se vistió en unos segundos. Le miró sonriente, echándose con las dos manos los cabellos hacia atrás. Volvía a ser la muchacha alegre, despreocupada e infantil que siempre había parecido.
—¿Quieres que nos vayamos a cenar a Madrid? —le preguntó.
—No. Es ya tarde. No tengo hambre —contestó ella.
—Entonces... Me voy ya —decidió él.
Le acompañó hasta la puerta. Juntos, cogidos de la mano, atravesaron el jardín. El gato no se cruzó en ningún momento en su camino. Cuando llegaron ante la verja del jardín, ella le preguntó:
—¿Cuándo será ese viaje?
—El 15 de agosto. ¿Te parece bien?
Sonrió sin contestar. Jaime montó en el coche y se alejó mientras ella quedaba ante la puerta diciéndole adiós con la mano. Su figura se fue empequeñeciendo hasta desaparecer en la lejanía.
Era ya de noche. La carretera estaba aún húmeda de lluvia y Jaime guiaba despacio. De pronto sintió como un aliento cálido en su nuca, y escuchó un extraño y largo maullido. Miró hacia atrás, pero no vio nada. Poco después, el maullido volvió a sonar, más largo y sobrecogedor, como el de un gato que se dispone a saltar sobre su presa. Amainó la marcha del coche y volvió a mirar en torno suyo, sin que pudiera descubrir nada anormal. Pasados unos instantes sintió un raro malestar. Alguien o algo le contemplaba fijamente. A su lado, en el asiento contiguo, estaba el gato con sus ojos amarillos atravesándole como si quisiera hipnotizarle. Sintió un inexplicable miedo, un deseo de huir igual al de aquella tarde en que salió precipitadamente de la casa de ella.
Puso el pie en el acelerador con el ansia de llegar de nuevo cuanto antes al chalet y dejar al animal con su dueña. Mas en ese preciso instante el gato saltó sobre él, clavándole sus uñas en los ojos. El ataque era tan inesperado que no fue capaz de defenderse. Sintió un dolor desgarrador.

Intentó zafarse de aquella terrible fiera, pero ésta saltaba sobre él, rápida y furiosamente. Abrió como pudo el coche y salió de él, intentando correr. Estaba cegado. La sangre corría por su rostro. El sufrimiento era más fuerte que su ansia de escapar. Sentía que la vida se le iba por momentos, pero los bufidos del gato que le perseguía le producían tal terror que seguía adelante sin saber dónde pisaba, tropezando, levantándose en una horrible pesadilla de sangre y oscuridad. Hasta que, incapaz de adivinarlo, llegó ante un precipicio. Su pie tocó el vacío, cuando quiso volver atrás era ya demasiado tarde. El gato, en el borde, contempló cómo su cuerpo se desplomaba y caía inerte entre pedruscos y ramas. Un grito horrible se mezcló con un maullido de satisfacción. Luego, el gato de ojos amarillos volvió sobre sus pasos, en dirección a la casa.